

# NEW LEFT REVIEW 132

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO-FEBRERO 2022

## ARTÍCULOS

RAHMANE IDRISA	El Sahel: un mapa cognitivo	7
PERRY ANDERSON	La Gran Bretaña de Edgerton	45
KHEYA BAG Y SUSAN WATKINS	Estructuras de opresión	61
JULIAN STALLABRASS	Cálculo sublime	95
DYLAN RILEY	Respuesta a Harvey	103
DAVID HARVEY	Réplica a Riley	113
PATRICIA MCMANUS	Una nueva crítica literaria	123
ALAIN SUPIOT	El error de Foucault	143

## CRÍTICA

TOM MERTES	El modelo de Pittsburgh	161
TOR KREVER	Las almas enfrentadas del liberalismo	170

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

**ts**  
d traficantes de sueños



KHEYA BAG Y SUSAN WATKINS

## ESTRUCTURAS DE OPRESIÓN

*Las inciertas analogías existentes entre  
la raza y la casta*

**L**A SITUACIÓN DE los afroamericanos en Estados Unidos, la condición de los intocables en la India, ¿son comparables como formas de opresión? Para innumerables personas la respuesta sería, francamente, no<sup>1</sup>. Ciertamente, ambos grupos se topan con prejuicios sociales profundamente arraigados, que chirrían con los proclamados valores liberal-democráticos de sus sociedades y que son objeto de rotunda condena por la opinión pública mayoritaria. En ambos casos, la explotación intensiva del trabajo se ha acoplado históricamente con la segregación social y las viviendas separadas (con la excepción del servicio doméstico). En ambos países, la discriminación en función de la casta o la raza ha sido declarada ilegal –en la India en la Constitución de 1950 y en Estados Unidos con la *Civil Rights Act* de 1964– y en ambos se han aprobado medidas de acción afirmativa, que no han logrado erradicar las desigualdades existentes. Las tasas de encarcelamiento per cápita para ambas poblaciones son desproporcionadamente altas como lo son los niveles de violencia tanto estatal como civil dispensados contra ellas. Incluso podríamos emparejar sus respectivos grupos de prisioneros políticos, a pesar de todas sus diferencias: por cada Mumia Abu-Jamal encarcelado en una prisión estadounidense hay un Anand Teltumbde, un notable investigador en el campo de los estudios sobre los *dalits*, encerrado en una brutal prisión india en aplicación de la célebremente infame *Unlawful Activities (Prevention) Act*<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Nuestro agradecimiento a Achin Vanaik y a los miembros del comité editorial de la *NLR* por sus útiles y estimulantes comentarios. No hace falta decir que cualquier error presente en el texto es de nuestra exclusiva responsabilidad.

<sup>2</sup> Anand Teltumbde, autor entre otras obras de *The Persistence of Caste* (2010), *Dalits: Past, Present and Future* (2016) y *Republic of Caste* (2018), fue arrestado por

Las diferencias son evidentes, sin embargo. En primer lugar, nos topamos con la historia con mayúscula. La historia de los afroamericanos como pueblo ha sido corta pero dramática, propulsada por cambios discordantes cada dos generaciones entre diferentes regímenes económico-políticos: del trabajo esclavo a la aparcería para desembocar en la vida urbana proletaria y de ahí discurrir a la actual bifurcación entre los profesionales titulados y los trabajadores poco retribuidos o desempleados. Los guardianes del sistema de castas indio lo remontarían a dos mil años atrás, cuando las *Leyes de Manu*, escritas durante el primer siglo antes de nuestra era, dividieron a los *varna* nacidos dos veces de los *sudra*, la casta baja, y, por debajo de esta, de los no incluidos en los primeros y de los intocables, de los cuales el 80 por 100 se halla atrapado en las zonas rurales; para ellos el cambio ha sido en el mejor de los casos mínimo.

En segundo lugar, ambos países ocupan una posición radicalmente diferente en el seno del mercado mundial: el país más rico y más desarrollado tecnológicamente del planeta comparado con uno de los más pobres. La renta per cápita de Estados Unidos es diez veces más alta; las profundidades de la pobreza y del analfabetismo en la India, las decenas de millones de hogares sin sistema de saneamiento ni energía eléctrica, son desconocidas incluso en los distritos más miserables de Estados Unidos. En tercer lugar, la estructura. La casta en la India constituye el sistema más elaborado, jerárquico y fetichizado de estratificación social del mundo dotado de millares de *jati* regionales (comunidades de nacimiento), ordenado en función de la santidad y la pureza, que corre

---

la Agencia de Investigación Nacional india en abril de 2020 por supuestamente planificar el asesinato del primer ministro Narendra Modi. En varias ocasiones se le ha negado el pago de la fianza correspondiente, pero tampoco hay juicio alguno previsto sobre su caso. Teltumbde es una de las dieciséis personas detenidas con cargos similares, una de las cuales ha muerto en prisión. La lógica política detrás de su arresto tiene que ver con la construcción deliberada de determinados izquierdistas como supuestos «maoístas» involucrados en la lucha armada a fin de posibilitar su encarcelamiento en aplicación de la *Unlawful Activities (Prevention) Act*. Nacido en 1950 en una familia de trabajadores agrícolas de Maharashtra, Teltumbde estudió ingeniería y enseña en el Goa Institute of Management. El resto de prisioneros estaba ligado al festival cultural Elgar Parishad, celebrado en Pune el 31 de diciembre de 2017. Están acusados de instigar a la violencia en una importante conmemoración *dalit* registrada el día siguiente en la localidad de Bhima Koregaon, situada a 30 kilómetros de distancia, donde algunos testigos afirmaron que la agresión fue provocada por figuras ligadas al nacionalismo hindú de extrema derecha (*hindutva*). El hermano menor de Teltumbde, Milind, era una figura relevante del Partido Comunista de India (maoísta); fue tiroteado por las fuerzas de seguridad en el curso de una masacre, que dejó veintiséis muertos en noviembre de 2021. Sobre los arrestos, véase «Bhima Koregaon Case: Trying Without a Trial Is the Intent of Draconian UAPA Law», *The Wire*, 9 de julio de 2021.

desde los más altos brahmanes hasta los más bajos intocables. Aunque el orden racial estadounidense es también *sui generis*, no rige en absoluto algo similar a esta pirámide sancionada religiosamente. La movilidad social en Estados Unidos es baja para un país capitalista avanzado, ocupando el puesto vigésimo séptimo en el índice de movilidad global del World Economic Forum. Pero la India ocupa el puesto septuagésimo sexto, virtualmente situada en los puestos más bajos y situándose entre las sociedades más rígidamente estratificadas del mundo.

En cuarto lugar, los signos y los sentidos del racismo estadounidense y de la casta/intocabilidad indias son muy distintos. En el caso estadounidense, el marcador es étnico: la presunta descendencia ancestral de la población esclava africana. En la India, puede tratarse del apellido, del barrio, del empleo o, incluso, de la apariencia, la conducta o el lenguaje corporal, esto es, de cualquier cosa que señale el nacimiento en una *jati* regional endogámica, antaño vinculada a una ocupación hereditaria, o que indique un determinado origen. En quinto lugar, y relacionado con ello, la cultura y la sociedad. Hace pocos años, en el momento álgido del Movement for Black Lives, un autobús naranja repleto de activistas *safai karmachari* recorrió la India en un *Bhim Yatra*, un peregrinaje en nombre de Bhimrao Ambedkar, el gran líder *dalit*, coreando el eslogan «Dejad de matarnos». Los *safai karmachari* trabajan en la limpieza y acondicionamiento manual de los sistemas de alcantarillado [*manual scavengers*], que constituye la tarea hereditaria asignada de ocuparse de la limpieza de los excrementos humanos. Técnicamente, la limpieza «peligrosa» de estos sistemas así como de los pozos sépticos está prohibida, pero muchos no pueden permitirse no aceptar el trabajo, si se sienten presionados para hacerlo: «la manifestación de la casta y de la intocabilidad», protestan<sup>3</sup>. Las condiciones socioeconómicas que podrían dar lugar a tal situación simplemente no existen en Estados Unidos.

## 2

En virtud de la totalidad de estos criterios, hay pocos puntos obvios de contacto entre los dos sistemas. Como antiguas sociedades esclavistas del Nuevo Mundo, Brasil y Cuba son casos comparativos que ilustran mejor la realidad de Estados Unidos, como ha mostrado Robin

---

<sup>3</sup> Safai Karmachari Andolan, «Bhim Yatra», *Economic & Political Weekly*, 2 de enero de 2016; Anand Teltumbde, *Republic of Caste: Thinking Inequality in the Time of Neoliberal Hindutva*, Nueva Delhi, 2018, p. 38.

Blackburn en sus indispensables estudios panorámicos, *The Making of New World Slavery* y *The Overthrow of Colonial Slavery*, complementados por el análisis contenido en *The American Crucible*, más temático y centrado en Estados Unidos<sup>4</sup>. Y, sin embargo, la noción de la sociedad estadounidense como un sistema de castas racializado –categoría tomada directamente del subcontinente indio como veremos– se mantiene de forma recurrente. Fundamentalmente ha sido utilizada en un espíritu de solidaridad y existe una larga historia de mutuo reconocimiento entre los dos grupos. En 1849 Charles Sumner tronó contra la segregación de las escuelas de Massachusetts, porque constituían «un sistema de castas odioso, tan odioso como el de los hindúes». Pero el término también fue apropiado por los portavoces de la esclavocracia. «Los negros libres pertenecen a una casta degradada de la sociedad», sentenció un juez de Carolina del Sur en 1832. «De acuerdo con su condición, deben ser obligados por ley a comportarse como inferiores de quienes se exige, en todas las interacciones sociales, sumisión y respeto a los blancos»<sup>5</sup>.

Sus críticos respondieron con la misma moneda. Frederick Douglass escribió lleno de desprecio sobre «el espíritu de casta» estimulado por los vagones de tren segregados en *My Bondage and my Freedom*. Du Bois historizó el término, distinguiendo entre la «condición de casta» bajo el Slave Code y una «casta de raza» bajo el sistema de Jim Crow. «Sí, yo soy un intocable», declaró Martin Luther King en 1965, «y cada negro en Estados Unidos es un intocable»<sup>6</sup>. La identificación fue recíproca. El panfleto polémico antibrahmánico escrito por Jotirao Phule en 1873 se titulaba *Slavery* y estaba dedicado al «buen pueblo de Estados Unidos», que ha conseguido la abolición de la esclavitud. Ambedkar también efectuó la conexión en su ensayo «Slaves and Untouchables», imitando a Phule<sup>7</sup>.

---

<sup>4</sup> Robin Blackburn, *The Making of New World Slavery* [1997], *The Overthrow of Colonial Slavery* [1988] y *The American Crucible* (2011), todos ellos publicados por Verso. Blackburn trabaja en la actualidad en otros dos volúmenes relacionados.

<sup>5</sup> Charles Sumner, «Equality Before the Law: Unconstitutionality of Separate Colored Schools in Massachusetts», 1849, disponible en el sitio web *Black Past*; John O’Neill, Court of Appeals of South Carolina, *State vs Harden* (1832), citado en Theodore Brantner Wilson, *The Black Codes of the South*, Tuscaloosa (AL), 1965, p. 27.

<sup>6</sup> Frederick Douglass, *My Bondage and My Freedom*, capítulo XXV, «Various Incidents», Nueva York, 1855, pp. 130-133; W. E. B. Du Bois, «The Study of the Negro Problems», *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, núm. 11, 1898; Martin Luther King, «Sermon at Ebenezer Baptist Church», 4 de julio de 1965, citado en Clayborne Carson (ed.), *The Autobiography of Martin Luther King, Jr.*, Nueva York, 1998, p. 131.

<sup>7</sup> Jotirao Govindrao Phule, *Slavery (in the Civilized British Government under the Cloak of Brahmanism)*, n. 1., 1873, pp. 9-10; B. R. Ambedkar, «Slaves and Untouchables» [1989], *Writings and Speeches*, vol. 5, Nueva Delhi, 2014, pp. 9-18, en p. 15.

Más recientemente, Loïc Wacquant ha proporcionado el análisis quizá más sistemático elaborado hasta la fecha del orden racial estadounidense como un sistema de castas. El ensayo de Wacquant publicado en la *NLR* analizaba cuatro regímenes «genealógicamente vinculados» –la esclavitud personal, el sistema de Jim Crow, el gueto y el sistema carcelario– que él contemplaba como instrumentos funcionalmente análogos para conseguir simultáneamente la «extracción de trabajo y el ostracismo social» de un grupo proscrito considerado inasimilable por mor de un estigma triple: descendientes de esclavos en el país de los libres, carentes de derechos políticos en la cuna de la democracia, privados de nación de origen en un país de inmigrantes<sup>8</sup>. Michelle Alexander se inspiró explícitamente en el marco de castas establecido por Wacquant en su poderosa denuncia del encarcelamiento de masas, *The New Jim Crow* (2010). El libro de Isabel Wilkerson, *Caste: The Origins of Our Discontents* (2020), intenta descubrir el fundamento de la continuidad del racismo entre las elites en la época de Obama para lo cual identifica ocho características comunes entre el sistema estadounidense y el sistema *varna-jati* indio, a lo cual añade, suscitando cierto desconcierto, la situación de los judíos en la Alemania nazi.

## 3

En su crítica al libro de Wilkerson publicada en la *NLR* 131, Sujatha Gidla y Alan Horn sugieren, acertadamente, que la terminología de la «casta» reaparece en periodos de declive y derrota de los afroamericanos en la medida en que invoca la noción de un sistema inamovible de subordinación racializada<sup>9</sup>. Gidla y Horn sitúan este planteamiento en el contexto de la «escuela de las castas de las relaciones raciales» presente en las ciencias sociales estadounidenses, que efectuó su investigación durante la década de 1940 en la fase final del sistema de Jim Crow. El trabajo de los antropólogos de la escuela de Chicago Robert Park, William Lloyd Warner, Allison Davis y otros estudiosos fue utilizado por Gunnar Myrdal, quien lo popularizó en su libro *An American Dilemma* (1948). Uno de los grandes méritos del ensayo de Gidla y Horn es que pone de relieve la constelación extraordinariamente rica de pensadores contrahegemónicos preocupados

---

<sup>8</sup> Loïc Wacquant, «De la esclavitud al encarcelamiento masivo. Análisis de la “cuestión racial” en Estados Unidos», *NLR* 13, marzo-abril de 2002.

<sup>9</sup> Sujatha Gidla y Alan Horn, «Casta, raza y clase», *NLR* 131, noviembre-diciembre de 2021.

por estos temas activos a finales de la década de 1930 y principios de la de 1940 entre los que destaca de modo sobresaliente Oliver Cox, némesis crítica de la «escuela de las castas» de Chicago y autor de la obra maestra marxiana *Caste, Class and Race* (1949).

Contra la descripción favorecida por la escuela de Chicago del sistema de Jim Crow sureño como un sistema de «castas raciales», Cox, originario de Trinidad y profesor del Tuskegee Instituto ubicado en la Alabama profunda, lo percibía como un frente fluido, rápidamente cambiante, inscrito en una batalla de clases más amplia. Para Cox, los antagonismos raciales no eran el resultado de antipatías inmemoriales, sino producto de relaciones explotadoras pragmáticas para las cuales los prejuicios existentes proporcionaban su «facilitación socioactitudinal»<sup>10</sup>. Cox describió el sur de Estados Unidos como un orden social superexplotador e inestable, que requería de una densa matriz de violencia para mantenerse y que se hallaba estrechamente enmarañado con los intereses financieros y empresariales del norte del país. Cox bosquejó la emergencia no de castas sino de «clases políticas», la oligarquía capitalista y sus oponentes, enfrentados en una fiera lucha sobre el avance de la democracia. Paralelamente a esta caracterización Gidla y Horn traían a colación el libro de Abram Leon *The Jewish Question: A Marxist Interpretation* (1946), escrito en la Bélgica ocupada por los nazis, en la que Leon era uno de los organizadores de la resistencia clandestina antes de ser capturado y enviado a Auschwitz donde encontró su muerte. Leon proponía la categoría no de casta, sino de «clase-pueblo» para caracterizar la posición de los judíos en el seno de las economías preindustriales de Europa del Este<sup>11</sup>. A este corpus de pensamiento podríamos añadir la acusación devastadora de Ambedkar contra la *intelligentsia* nacionalista brahmanizada contenida en «Annihilation of Caste» (1937).

En su contribución, Gidla y Horn proponen, por el contrario, utilizar el concepto de «casta» en un sentido más delimitado, denotando una población proscrita y paria como los *burakumin* de Japón, un grupo «aislado

---

<sup>10</sup> Oliver Cromwell Cox, *Caste, Class and Race: A Study in Social Dynamics*, Nueva York, 1948, pp. 226, 332.

<sup>11</sup> Existen claros paralelismos con la caracterización efectuada por Yuri Slezkine de los guaratis localizados en África oriental, de la diáspora china presente en Asia sudoriental, de los armenios de Asia occidental y de los judíos de la Europa oriental anterior a 1914, descritos todos ellos como pueblos «mercurianos», esto es, involucrados en actividades comerciales de índole transnacional, diferenciados de los pueblos «apolíneos», especializados a su vez en la construcción del Estado y entre los cuales aquellos vivían: Yuri Slezkine, *The Jewish Century*, Princeton (NJ), 2004.

debido a una función económica tradicional basada en divisiones del trabajo hereditarias». En este sentido, las castas, explican Gidla y Horn, son reliquias de la época precapitalista. Muchas de ellas, por ejemplo los *cagots*, un grupo especializado en la realización de trabajos de carpintería ubicado en Francia, desaparecieron en el curso del desarrollo capitalista. La población afroamericana, comprendida como un grupo apartado por el legado de la esclavitud personal, podría incluirse en su opinión en esta categoría. Este estatus paria podía trocarse en beneficio del capital, si se lograba mantener una fuerza de trabajo multiétnica dividida como baluarte contra la lucha de clases integrada<sup>12</sup>. Sin embargo, el mantenimiento de una parte de la población nacida en Estados Unidos en situación de servidumbre «exigía medias especiales para solidificar su estatus de grupo proscrito a perpetuidad de modo que se constituyera como casta». La manumisión restringida, las elevadas tasas de recaptura de los esclavos huidos, la segregación sin precedentes de los negros libres, forzados a soportar la carga de la prueba cuando su libertad fuera desafiada, siendo la esclavitud personal la «condición presunta» de cualquier estadounidense de descendencia africana, así como la «regla de una sola gota» de sangre negra como criterio de clasificación racial sirvieron para crear un situación en la que, como dijo Fredrick Douglass, el color se asoció en la mente de la opinión pública con la degradación de la esclavitud y de la servidumbre». *Contra* Wilkerson, Gidla y Horn insisten en que este sistema ha sido estimulado por una diminuta clase dominante blanca, no por la mayoría blanca: «los trabajadores blancos no tienen interés alguno en el sistema de explotación que la opresión negra está diseñada para sustentar» y aunque algunos blancos son privilegiados, «el privilegio blanco como tal es un mito»<sup>13</sup>

## 4

¿En qué medida es convincente la categoría propuesta por Gidla y Horn de grupo proscrito, ejemplificada por los *burakumin* «intocables», como caracterización de la posición histórica de los afroamericanos? Su uso, como el de Wacquant, tiene el mérito de combinar las dimensiones tanto económicas como culturales: «ningún otro grupo ha sido tan continuada y severamente aislado y, al mismo tiempo, tan despiadadamente explotado», escriben. Sin embargo, la analogía con los *burakumin*, que representan el mero 2 por 100 de la población japonesa, no logra

<sup>12</sup> S. Gidla y A. Horn, «Casta, raza y clase», cit. pp. 34-35, 40-41.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 37-42



explicar la explosiva centralidad política de la «cuestión de la raza» en Estados Unidos, ni la escala del aparato represivo utilizados contra los estadounidenses negros. Al mismo tiempo, la categoría de «casta» no sirve de gran cosa a la hora de explicar la diferenciación social existente en el seno de la población afroamericana, ni el flujo incesante en términos de demografía, economía y estatus mundial de la propia sociedad estadounidense, el cual reconfigura a los innumerables grupos de población presentes en ella. Desde la década de 1980, la hiperexplotación ha sido sustituida por altos niveles de desempleo entre los varones negros, mientras que el aislamiento social ha sido cualificado por el desempeño por parte de personas negras de funciones culturales icónicas y por una integración sustancial de la clase profesional negra.

Aunque Gidla y Horn hablan poco sobre el sistema de castas indio en su artículo, el libro de Sujatha Gidla *Ants Among Elephants: An Untouchable Family and the Making of Modern India* (2017) es ampliamente reconocido como una contribución señera sobre el asunto. Escrito con intensidad novelística, constituye un relato épico contado mediante los relatos de una familia intocable del sur de la India contra la trama y la urdimbre del acoso y la humillación generados por el sistema de castas. Comienza a finales del siglo XIX, cuando los antepasados de Gidla –un clan nómada de habitantes de los bosques que rezaban a sus propios dioses tribales– fueron expulsados de su hogar, porque los mismos fueron talados para introducir plantaciones británicas de teca. El clan estableció un asentamiento agrícola, donde fueron descubiertos por el agente del propietario, que en un primer momento les cobró un tributo y, después, cuando se endeudaron con él, les expropió sus tierras como pago de las deudas y los redujo a trabajadores sin tierra, siendo incorporados a los niveles más bajos del sistema hindú como *malas* intocables, esto es, siervos rurales empleados en tareas domésticas y sometidos a la disciplina y obediencia de las castas superiores. Misioneros cristianos procedentes de Canadá bautizaron a los habitantes del pueblo y un ala de la familia fue educada por ellos, los hijos y los nietos de ambos sexos –Satyam y su hermana Manjula, la madre de Gidla– llegaron a ser profesores de escuela y de universidad; el resto de los miembros de la familia siguieron siendo trabajadores culis durante el resto de sus vidas.

Satyam, nacido en 1931, es un crío en edad escolar cuando Gandhi lanza el movimiento en pro de la independencia de la India; partidario apasionado de Subhas Chandra Bose, descubre la poesía *telegu* en la biblioteca del colegio y resulta electrificado por las noticias de la revuelta

de los campesinos armados en la vecina Telangana contra las atrocidades cometidas por los terratenientes para ser posteriormente preso de la furia ante la represión desencadenada por Nehru. Satyam se convirtió en un joven agitador comunista entre las colonias *dalit* de la región, enfrenándose a los ataques de los matones de las castas superiores con sus barras de hierro y cadenas de bicicleta, dirigiendo grupos de teatro callejero entre los más bajos de los bajos, librando batallas contra los desahucios y las expulsiones y organizando clases de educación política en un puesto de té situado en el borde de una carretera. Habiendo optado por el lado chino tanto en la ruptura sino-soviética como en la guerra entre India y China, Satyam y sus camaradas rompieron con el Partido Comunista Indio (marxista) en 1967 tras el levantamiento *naxalbari* acaecido en Bengala Occidental y se involucraron en la lucha armada en las áreas rurales, lanzando la revuelta *naxalita*, que todavía alienta en los bosques indios<sup>14</sup>. Satyam –alias K. G. Satyamurthy, un renombrado poeta *telegu*– constituyó el People’s War Group y murió en la pobreza en 2012.

A contrapelo de esta militancia, aunque también estimulándola, corren los inevitables clivajes de casta e intocabilidad, la miríada de fricciones existentes entre los agrupamientos *jati* regionales (propietarios *kamma* y *reddy*, pastores de ganado *golla*, picapedreros *vaddera*) y los múltiples estratos de los intocables: *malas*, *madigas*, *pakis*. La propia Gidla acude a una escuela en la que los estudiantes *dalit* se sientan en el suelo, dejando los bancos para los niños y niñas pertenecientes a las castas. La narración presenta un profundo sesgo de género. Aunque Gidla describe generaciones de mujeres llenas de recursos e independientes de mente –de su bisabuela Marthamma, una viuda pobre intocable que acompañó a sus hijos e hijas a la escuela de la misión y así aprendió a leer, a la indómita Manjula, que transitó combativamente por el sistema de educación superior a pesar de la denigración sufrida por parte de los profesores (varones) de las castas superiores–, también constata que estas mujeres operan en un orden androcéntrico. Los padres de Gidla fueron profesores de universidad, clase media de acuerdo con los criterios de la época, pero vivieron una vida itinerante en buena parte debido a la implicación política de Manjula. Si bien las estructuras de casta podían variar en los distintos lugares a los que llegaban («en Srikakulam, los *kalingas*, aunque oficialmente son una casta retrasada, ocupan el mismo estatus social y económico que los *kammas* en el distrito de Krishna»), su propia

---

<sup>14</sup> Véase Achin Vanaik, «Estrategias subcontinentales», *NLR*, septiembre-octubre de 2011; y Kheya Bag, «Banderas rojas en el bosque», *NLR*, septiembre-octubre de 2019.

designación de casta era inmutable, impuesta rígidamente vía matrimonial y mediante toda una red de sujetos familiares a pesar de su propia movilidad social.

Las diferencias existentes entre el mundo de *Ants Among Elephants* y la sociedad estadounidense contemporánea son notables y, sin embargo, escribe Gidla, cuando la gente en Estados Unidos me pregunta qué significa ser intocable, «yo les explico que la casta es como el racismo contra los negros aquí». La analogía, parece ser, es inevitable. Quizá una comparación más sistemática de los dos sistemas, forzosamente esquemática, puede ayudar a ilustrar los paralelismos y las diferencias existentes entre ellos. Presentamos, pues, a continuación, un bosquejo de su formación como estructuras persistentes pero mutables de subordinación con el objetivo de contribuir a su abolición conjunta.

## 5

A diferencia de los análisis históricos de corte popular como «1619», el proyecto especial de *The New York Times* sobre la esclavitud, cualquier intento serio de comprender el orden racial estadounidense, al igual que el sistema de castas hindú, debe partir de su periodización. El presentismo irreflexivo, que proyecta retrospectivamente las pequeñas colonias inglesas del siglo XVII, puntos insignificantes en la vastedad del continente norteamericano, como una república protoblanca, no induce menos a la confusión que el intento de proyectar hacia el pasado un hinduismo coherente, una India unificada o un sistema de castas generalizado respecto de los variados paisajes lingüísticos, religiosos y ecológicos del subcontinente, caracterizado por sus diversos Estados y sistemas políticos.

En el caso estadounidense, las primeras colonias sobrevivieron y florecieron bajo el escudo protector militar-mercantil del poder colonial británico, lo cual les permitió efectuar sus primeras conquistas territoriales y establecer los rudimentos de una economía política basada inicialmente en el uso del trabajo organizado mediante la servidumbre por deudas (*indentured labor*), inglés e irlandés, y el comercio con las «tribus amigas». Como sostiene Blackburn en *The American Crucible*, los enclaves esclavistas de las colonias británicas se comprenden mejor como una variante del sistema colonial europeo de la primera

modernidad: brutalmente explotador, pero de una escala relativamente pequeña. En 1700 apenas había 35.000 africanos en América del Norte; la población total de las trece colonias rondaba escasamente las 250.000 personas. El modelo de la plantación esclavista, organizado primigeniamente en las colonias del Caribe y objeto de atenta observación por parte de los inversores de Londres y París, fue adoptado de modo desigual en Virginia e importado más sistemáticamente en Carolina del Sur. Sin embargo, en la víspera de la Guerra de Independencia las trece colonias tenían menos esclavos que Brasil: en torno a 450.000 respecto de una población total de 2 millones de habitantes.

El sistema de castas indio estaba fabricado, por supuesto, con un «barro mucho más antiguo»<sup>15</sup>. Sin embargo, de acuerdo con un meticuloso análisis de la producción académica histórica moderna sobre la cuestión, en una fecha tan tardía como la primera década del siglo XVII, aunque en la mayoría de las áreas existía una minoría que seguía de modo evidente las prácticas asociadas a las castas y en los tribunales o templos la recitación ritual de los Vedas cantaba la historia de las cuatro *varnas* surgidas de la boca, los hombros, las caderas y los pies del Creador, había un importante contingente de la población que no se hallaba afectado por distinciones formales de casta y ello no únicamente entre las poblaciones de las zonas montañosas o tribales, sino también en sectores importantes de la población de Bengala, el Punjab, la meseta central del Decán y el sur de la India. Incluso en las zonas agrícolas de larga data, coexistían múltiples formas de autoridad señorial, de trabajo coercitivo y de extracción de excedente junto con tradiciones competidoras de práctica devocional y, en los señoríos mogoles, el manto omnipresente del islam<sup>16</sup>.

De acuerdo con este análisis, la generalización de un sistema de castas brahmánico «nacional» se verificó en varias fases solapadas entre sí, que se desplegaron desde principios de la década de 1700, cuando prácticas de casta dispersas se redefinieron de modo novedoso, alimentadas por la cultura de los templos imperante en el corazón de las zonas hindúes situado en el valle del Ganges (aproximadamente, la región actual de Uttar Pradesh), por los señores *rajput* de las áreas montañosas del oeste del país (Maharashtra) o por los deltas ribereños meridionales dedicados

<sup>15</sup> Oliver Mendelsohn y Marika Vicziany, *The Untouchables: Subordination, Poverty and the State in Modern India*, Cambridge, 1998, p. 2.

<sup>16</sup> Este es el argumento del trabajo de Susan Bayly, *Caste, Society and Politics in India: From the Eighteenth Century to the Modern Age*, Cambridge, 1999, parte IV de la *New Cambridge History of India*, pp. 26, 2, 4.

al cultivo del arroz en régimen de semiesclavitud. En primer lugar, a medida que el imperio mogol se fragmentaba producto de sus prolongados conflictos bélicos, los reyes y señores emergentes promovieron a los sacerdotes brahmanes para legitimar su dominio y con él sus potestades de conceder tierras y extraer renta, recargando el simbolismo ritual de las *varnas* en este proceso<sup>17</sup>. Un efecto concomitante de ello fue la creciente riqueza y alcurnia de la «nobleza de servicio» brahmánica, que proporcionaba a las nuevas cortes dinásticas –hindúes, *sikhs* o musulmanas– las tareas registrales, bancarias y de inteligencia necesarias para tratar con los reinos rivales y con las tumultuosas compañías mercantiles europeas, que se hallaban en perpetuo estado de rivalidad bélica a medida que expandían sus redes comerciales desde sus establecimientos situados a lo largo de la costa. Las compañías por su parte respondieron especularmente, buscando a los brahmanes «ilustrados» como informantes nativos. La batalla de Plassey (1757) marcó el punto de inflexión, cuando las tropas de la Compañía de las Indias Orientales británica derrotaron al *nawab* de Bengala y a sus aliados franceses en lo que constituía, en realidad, un escenario oriental de la Guerra de los Siete Años (1756-1763), la cual, mejor conocida en su flanco occidental como la Guerra Franco-indígena, registró combates desde Montreal y Ohio hasta el mar Caribe, que fueron seguidos por el incremento de los impuestos británicos conducentes al desencadenamiento de la Revolución Americana.

## 6

Desde 1776 hasta la década de 1820, como explica Blackburn en *The Overthrow of Colonial Slavery*, el mundo atlántico se vio convulsionado por una gran ola revolucionaria jalonada por revueltas anticoloniales, antimonárquicas y antiesclavistas acaecidas de Massachusetts pasando por París hasta Santo Domingo, de Cádiz a Caracas, del Río de la Plata a Guayaquil: la Guerra de independencia americana, la Revolución Francesa, los levantamientos esclavos en el Caribe y la guerras de independencia latinoamericanas. Estas rebeliones dieron lugar a media docena de nuevas repúblicas y la de Haití liberó a medio millón de esclavos. Las revoluciones hispanoamericanas prohibieron el tráfico de

---

<sup>17</sup> El precursor y modelo de este comportamiento fue Shivaji, señor del Decán, que procedió a «renacer» por decisión propia como portador del hilo sagrado de una alta casta *kshatriya* tras repeler al ejército mogol, *ibid.*, pp. 74, 56-60.

esclavos y aprobaron las leyes denominadas de «vientre libre», mientras que México y Chile abolieron directamente la esclavitud. Sin embargo, la doble revolución, como la denominó Hobsbawm, político-burguesa y capitalista-industrial, también produjo nuevas formas de explotación.

En Gran Bretaña, sede del Estado contrarrevolucionario que emergió victorioso de estos grandes levantamientos, tomó forma una nueva concepción liberal-imperialista, influenciada por las concepciones antiesclavistas de corte evangélico –una crítica desplazada de la torpeza de Jorge III responsable de la pérdida de las colonias americanas, sugiere Blackburn–, que fue dirigida por figuras influyentes como Pitt y Wilberforce y pronto propulsada por la producción industrial capitalista. La campaña parlamentaria de Wilberforce conoció el éxito a la hora de declarar ilegal el comercio de esclavos en 1807 y la presión popular contribuyó a poner fin a la esclavitud en el imperio británico en la década de 1830, liberando a cerca de 700.000 esclavos y compensando generosamente a sus propietarios caribeños. En un ejemplo clásico de hipocresía británica, la escasez de mano de obra causada por la abolición de la esclavitud fue compensada mediante la importación de fuerza de trabajo india, procedente de las castas bajas, sometida a servidumbre.

Si la nueva república estadounidense también hubiera abolido la esclavitud en este momento, el orden racial subsecuente en Estados Unidos habría tomado casi con toda seguridad una forma diferente, más próxima a los parámetros mucho más débilmente jerarquizados y mucho más propensos a los matrimonios interraciales característicos de América Latina. Pero el equilibrio de fuerzas jugaba a favor de los propietarios rurales esclavistas y los abogados ricos, aguijoneados por el temor suscitado por las fuerzas emancipatorias radicales que recorrían la región<sup>18</sup>. En el seno de la república, la que ha sido denominada «segunda esclavitud» (1820-1865) emergió a una escala todavía mayor tras sobrevivir a esta primera gran ola de abolicionismo. Aunque hubo muchas continuidades –Douglass: «la cadena, la mordaza, el látigo sangriento»–, en muchos aspectos este representó un nuevo periodo de explotación racializada. Tan solo ahora las plantaciones adquirieron su carácter cuasi industrial al hilo de las demandas de la producción manufacturera propulsada a vapor (aunque todavía prevaleció una «economía natural» de horticultura de subsistencia para los propios hogares esclavos). Las grandes extensiones de tierra adquiridas mediante la Compra de Luisiana

---

<sup>18</sup> R. Blackburn, *The Overthrow of Colonial Slavery*, cit., pp. 267-287

fueron colonizadas con frecuencia por pequeños esclavistas blancos, que estaban en condiciones de endeudarse para adquirir un «paquete» de esclavos, utilizando a los trabajadores mismos como garantía, lo cual sugiere que no fue únicamente una reducida elite blanca la que se benefició del sistema.

Desde el principio, la esclavitud constituyó una anomalía ideológica en el seno de la república de la Ilustración. Pero a medida que su nuevo modelo se desplegó y el número de afroamericanos sometidos a esclavitud creció hasta los cuatro millones, el coste de la compensación de los propietarios esclavistas –el abolicionismo «moderado» favorecido por Jefferson y otros dirigentes– se hizo exorbitante. En el nuevo clima internacional, el desafío sureño al consenso internacional en torno a la antiesclavitud exigió no solo el endurecimiento de la ideología racializada y el fortalecimiento legal de la esclavitud –las prohibiciones contra los negros libres proliferaron durante la década de 1820, junto con la criminalización de la alfabetización y la manumisión–, sino que también precisó de los poderosos aliados del norte del país. Los propietarios de las plantaciones se hallaban protegidos por su posición en el orden constitucional federal y por su influencia en el Congreso por mor de la regla de los tres quintos aprobada en la Convención Constitucional de 1787, que suponía la aplicación de este porcentaje a la población esclava a efectos de la imposición directa y la representación de los estados sureños en la Cámara de Representantes. Su posición se hallaba también fortalecida por la implicación del sector financiero septentrional –banqueros, agentes, comerciantes– en lo que constituía un modo de producción esclavista propulsado mediante la financiación crediticia.

## 7

Si la «segunda esclavitud» estadounidense surgió tras la derrota del dominio colonial británico, la institucionalización del sistema de castas indio se verificó bajo su dominio; privado de sus colonias occidentales, Londres se volvió hacia el este. A medida que extendió su control a lo largo del subcontinente indio después de 1757, la Compañía de las Indias Orientales británica se trazó el objetivo de gobernar en alianza con la «aristocracia natural» de la India, que sus dirigentes comprendían fundamentalmente en términos de casta. Las autoridades de la Compañía buscaron a diplomáticos, escribas y banqueros brahmanes como sus

informantes nativos, creando una clase angloparlante, en palabras de Macaulay, que funcionaría «como interprete entre nosotros y los millones que gobernamos» La brahmanización fue estimulada, mientras los responsables de la Compañía celebraban la ideología de la pureza, el pacifismo y la renuncia vehiculizada mediante la cultura del peregrinaje, las donaciones a los templos y el espectáculo religioso. Desde sus tres grandes bases –Bengala en el nordeste, Bombay en el oeste, Madras en el sur– la Compañía reclutó fuerzas dirigidas por los *kshatriya* para someter a los reinos todavía existentes. Las *Leyes de Manu* fueron escogidas como fundamento del código civil y los «jefes tradicionales» fueron promovidos y debidamente recompensados por la Compañía para recaudar los ingresos derivados del uso de la tierra y los impuestos sobre bienes y servicios.

Al mismo tiempo, la expansión de la agricultura comercial y la producción manufacturera manual (sometidas a tributo), inicialmente promovidas bajo los mogoles, estaban exponiendo a estratos cada vez mayores de agricultores y artesanos a las expansiones y depresiones del mercado mundial y al enorme flujo de bienes británicos producidos en masa. Una conciencia *jati* creciente proporcionó seguramente una defensa corporativa contra la impredecibilidad económica. Sin embargo, la deferencia a las normas brahmánicas de pureza implicaba una revulsión concomitante contra «los sucios». La ideología protogandhiana del pequeño propietario *shudra* piadoso como eje moral del orden hindú –frugal y laborioso, preocupado por la «pureza» relacionada con la comida, el agua y el matrimonio, vigilante de los extremos inferiores del sistema de castas limpias frente a los intocables colocados por debajo de estas– ganó fuerza casi con toda seguridad en torno a este momento entre los «vigorosos» *jats* y *ahirs* de la leyenda colonial.

Entretanto, la categoría de los «intocables», la pieza final del moderno puzle de las castas, se expandió a finales de la década de 1800 desde los pequeños grupos tradicionalmente condenados a las ocupaciones «sucias» para cubrir a estratos mucho más amplios de trabajadores sin tierra. En parte ello se verificó mediante la deforestación y la «campesinización» de los recolectores-cazadores y de los pastores armados, que fueron reducidos al estatus de mano de obra cautiva y también tildados de «sucios», como nos cuenta la historia de los antepasados de Gidla en *Ants Among Elephants*. A una escala mayor, la pequeña burguesía terrateniente, empobrecida por la depresión agrícola global, el declive de los términos de intercambio comercial de la India y la extracción de renta



de la tierra por la imposición colonial británica, fortaleció el privilegio de casta como un medio coercitivo de extracción de trabajo no pagado de los aparceros y de los trabajadores sin tierra. En este encuentro unilateral con el mercado mundial, mediado por el dominio de la forma más avanzada de imperialismo capitalista industrial, los vapuleados pequeños propietarios movilizaron el único capital que poseían, su derecho de nacimiento *varna*, para agravar las crueldades modernas de la proletarianización rural con las humillaciones de la jerarquía ritual. Atrapadas bajo la bota del terrateniente, estas poblaciones fueron designadas «intocables» en el proceso de su subordinación explotadora<sup>19</sup>.

## 8

La vinculación de los dos mundos de la esclavitud y de la intocabilidad absorbió los esfuerzos evangélicos de los misioneros anglo-estadounidenses. En su opinión, la conquista británica de la India había sido un acto de la Providencia, que había abierto un vasto nuevo campo de conversión a la cristiandad. Dado que los intereses imperiales dependían de la aquiescencia por parte de los príncipes y terratenientes pertenecientes a las castas superiores, los gobiernos del Reino Unido inicialmente habían prohibido su acceso al subcontinente. La ruptura se produjo en 1812, cuando Wilberforce consiguió el apoyo de la Cámara de los Comunes para secundar a los misioneros –una forma precoz de «avance moral» imperial-liberal– llegando a modificarse los estatutos de la Compañía de las Indias Orientales a estos efectos. En torno a 1830, las redes evangélicas internacionales publicaban relatos de misioneros, dotados frecuentemente de un elevado grado de exotismo, sobre los casos de viudas quemadas vivas, los matrimonios infantiles y el tratamiento de los intocables, convirtiendo el sistema de castas indio en una *cause célèbre* internacional. Sumer, Garrison y Douglass se inspiraron en esta literatura<sup>20</sup>.

---

<sup>19</sup> Estos estratos fueron los que más sufrieron por las hambrunas que asolaron la India victoriana. En la década de 1870, mientras los ferrocarriles recientemente construidos transportaban grano a los puertos, el 20 por 100 de la población del Decán, fundamentalmente compuesta por castas bajas e intocables, murió de hambre y la mitad de los *madigas* de la ciudad meridional de Kurnool pereció: al respecto véase, Mike Davis, *Late Victorian Holocausts*, Londres y Nueva York, p. 112; ed. cast.: *Los holocaustos en la era victoriana tardía*, Valencia, 2006.

<sup>20</sup> Esta literatura, relanzada de nuevo durante la década de 1920 por la periodista supremacista blanca Katherine Mayo en su lamentable libro *Mother India* (1927), construido como una defensa estridente del imperialismo británico, también

Sería difícil exagerar la importancia de las iglesias evangélicas en el estímulo de la lucha de los afroamericanos por la libertad: cobijo y comunidad, lecciones bíblicas de un pueblo vendido a la esclavitud, que encuentra su camino hacia la tierra prometida, zócalo de formación para generaciones de ministros baptistas constituidos en intelectuales orgánicos populares. La biblia fue crucial en la batalla del pueblo afroamericano por la alfabetización, proscrita en muchos estados esclavistas. Las escuelas misioneras en la India podían enseñar a una reducidísima minoría de los niños y niñas intocables, pero el proyecto evangélico de «avance moral para las clases deprimidas» mediante la docilidad, la limpieza, la abstinencia y la autoperfección tuvo un profundo impacto sobre el futuro proyecto nacionalista, enmarañándolo con los modos brahmánicos de comportamiento. En ambos casos, el evangelismo dejaría una profunda huella sobre los movimientos políticos, visible en el momento presente en la recuperación del arrodillamiento de Martin Luther King para rezar cuando avanza la policía antidisturbios o en las exhortaciones de Teltumbde a optar por el «modo desolado» de tantas protestas *dalit*<sup>21</sup>.

## 9

Los feroces enfrentamientos de la Rebelión india de 1857-1858 y de la Guerra Civil estadounidense de 1860-1865, que provocaron respectivamente cientos de miles de muertos, fueron de un carácter muy distinto. La Rebelión india se convirtió en una revuelta protonacional liderada por los propietarios terratenientes y estuvo inspirada sin duda por la resistencia a los británicos en Afganistán durante la década de 1840<sup>22</sup>. Careció, sin embargo, de un programa político más allá de la quimera de la restauración mogol. La Guerra Civil estadounidense implicó el choque de dos nacionalismos protoimperialistas y expansionistas –uno partidario de la conquista del territorio de los nativos americanos alegando el principio de «suelo libre, trabajo libre» [*free soil, free labour*], el otro demandando la defensa de la «propiedad privada de los hombres» y considerando la incorporación de Cuba– encerrados en el seno de una única entidad política en

---

formaría parte del contexto general de la «escuela de las castas» surgida en las ciencias sociales estadounidenses durante la década de 1940, prestando un valor de choque retórico al uso del término en el entorno estadounidense. Véase Daniel Immerwahr, «Caste or Colony?: Indianizing Race in the United States», *Modern Intellectual History*, vol. 4, núm. 2, 2007.

<sup>21</sup> A. Teltumbde, *Republic of Caste*, cit. p. 39.

<sup>22</sup> Tariq Ali, *The Forty-Year War in Afghanistan: A Chronicle Foretold*, Londres y Nueva York, 2021, p. xix.

la que el Sur disfrutaba de ventaja constitucional sobre el Norte, inmerso en un proceso más rápido de crecimiento. La victoria de este último puso fin a la «segunda esclavitud», pero el nacionalismo derrotado descargó su sufrimiento y su furia sobre la población afroamericana a lo largo de las grandes luchas de la Reconstrucción y la reforma sobre la propiedad de la tierra, lo cual se prolongó más allá de las mismas. El vigilantismo armado blanco, los Códigos negros, el ultrarracismo y las muchedumbres de linchadores sentenciaron económicamente el sistema de aparcería sobre-determinado por el peonaje por deudas, lo cual dañó la productividad y la innovación, condenando tanto a los blancos sin recursos como a los negros a la pobreza y el estancamiento. La analogía más próxima en este caso podrían ser las políticas punitivas infligidas sobre los sudafricanos negros por los *afrikáners* blancos tras ser derrotados por los británicos en las Guerras de los bóeres (1880-1881, 1899-1902).

Si la Casa Blanca hubiera permitido en 1860 que los estados sureños consiguieran la independencia como pretendían —«*Let the erring sisters go in peace!*», en palabras de Horace Greeley, director del *New York Tribune*—, ¿podría haber llegado el Sur a una emancipación más pacífica, si bien más lenta y reluctante, similar a la brasileña acaecida a finales del siglo XIX? En Brasil, como en Cuba, no se produjo una reacción violenta contra la emancipación por parte de los antiguos propietarios de esclavos similar a la que convulsionó el Sur estadounidense. La cuestión permanece debatible. Tal senda habría evitado los horrores del sistema de Jim Crow, un régimen de opresión racial tan feroz que algunos lo consideraron peor que la esclavitud. Los afroamericanos habrían representado el 40 por 100 de la población de la república sureña independizada de Estados Unidos, lo cual supone un bloque dotado de peso real. En la historia que siguió, el enorme flujo de inmigración europea registrado después de 1870 redujo ese porcentaje en el seno de la Unión a un permanente 12 por 100. Los inmigrantes llegados después de la década de 1870 en gran medida aceptaron como dada la anómala posición ocupada por los afroamericanos, mientras ellos mismos eran de inmediato subsumidos en la rápidamente creciente «raza blanca».

El resultado de la Rebelión india de 1857 tuvo efectos de largo alcance sobre la reconfiguración de los parámetros institucionales del sistema de castas. Tras haber sofocado la rebelión, las conmocionadas

autoridades británicas liquidaron la Compañía de las Indias Orientales y transfirieron el país al dominio directo de la Corona británica. Repensaron y modernizaron al ejército indio, recompensaron a los grandes terratenientes que habían permanecido leales y comenzaron a dar pasos cautos hacia la elección del gobierno local bajo el mando general del Raj británico. Desde 1871 se elaboraron censos decenales para clasificar a la totalidad de los grupos comunales, étnicos, lingüísticos y de casta del país, lo cual puso de relieve la reducidísima dimensión de los estratos superiores: considerados conjuntamente, los brahmanes, *kshatriyas* y *rajputs* representaban meramente el 6 por 100 de la población india, abrumadoramente compuesta por cultivadores, pastores y artesanos, ellos mismos divididos en castas ocupacionales o *jatis*, que podían ser miles en cada provincia. La necesidad sentida por los dirigentes de la India de consolidar las relaciones con estratos más amplios era obvia.

A partir de la década de 1880, estimuladas por los británicos, comenzaron a formarse «asociaciones de casta» con el fin de promover los intereses de sus miembros; en la rápidamente creciente prensa en lengua inglesa fueron presentadas como organismos concebidos para modernizar las relaciones existentes entre la ciudadanía y la esfera pública y para estimular la automejora y «el avance» social, moral o intelectual de su comunidad<sup>23</sup>. La idea del *jati* como unidad cívica se desarrolló en tándem con los prolegómenos de la representación electoral de las clases superiores, influyendo sobre la perspectiva de la *intelligentsia* nacionalista, predominantemente brahmánica, emergente durante ese mismo periodo y siendo influido por esta: abogados, funcionarios y periodistas formados en lengua inglesa. Con el fin de ampliar la base de la clase «intérprete» ya en la década de 1890 se introdujo, con aprobación británica, una cuota reservada de puestos en la función pública para los no brahmanes a instancias de dirigentes de rango principesco dotados de una visión modernizadora localizados en Mysore y Kolhapur, siendo este último el patrón de los principales intelectuales indios contrarios a las castas, Phule y Ambedkar. Desde 1919 los funcionarios del Raj reservaron un puñado de escaños parlamentarios para representantes nombrados de las castas más bajas y de los intocables en la inofensiva Asamblea Legislativa Central y en sus réplicas constituidas a escala provincial, elegidas a partir de una

---

<sup>23</sup> S. Bayly, *Caste, Society and Politics in India: From the Eighteenth Century to the Modern Age*, cit., p. 237.

base electoral equivalente al 6 por 100 de la ciudadanía<sup>24</sup>. Así fue como emergieron las primeras medidas de acción afirmativa del mundo bajo égida liberal-imperial.

Los líderes del Partido del Congreso, fundamentalmente pertenecientes a la casta superior, se lamentaban del prejuicio de la «intocabilidad», pero en su mayoría alabaron el sistema de las *varnas* como un logro único de la civilización (hindú), tildándolo de fuente de fuerza y estabilidad y, como explicó Gandhi, esencialmente igualitario, dado que la reencarnación aseguraría que si los intocables se comportaban con su debida mansedumbre y humildad, serían recompensados con un estatus superior en una vida futura. El Partido del Congreso también se mostró atento a lo que Gandhi denominaba la aritmética política de la casta. En un contexto de creciente agitación durante la década de 1930 en pro de la independencia, el Raj convocó a los líderes indios a una conferencia que se celebraría en Londres para discutir la cada vez mayor maquinaria electoral de la India. La minoría musulmana fue recompensada con el derecho a disponer de una lista electoral separada como protección ante el la posición mayoritaria hindú. Ambedkar, en representación de los intocables, ganó el mismo derecho para ellos. En las provincias cruciales del Punjab y Bengala, ello implicaba el riesgo de que el Partido del Congreso fuera privado de su mayoría. Gandhi, como es bien conocido, inició una huelga de hambre a muerte para forzar a Ambedkar a que desistiera, cosa que este hizo para su posterior desazón, sellando su capitulación con el Pacto de Poona de 1932. Los *dalits*, en lugar de votar por sus propios representantes, recibirían la asignación de un determinado número de escaños reservados en el seno del electorado hindú, que los dirigentes del Partido del Congreso podrían asignar con sus propios representantes. En 1936, los funcionarios británicos procedieron debidamente a identificar a las tribus y las castas presentes en cada provincia para «clasificarlas» a fin de asignarles los escaños reservados.

## II

En el momento de la independencia en 1947 el propio Partido del Congreso había contribuido a insertar las identidades de casta en el sistema político indio, situando a los intocables y a los pueblos tribales «clasificados» en los

---

<sup>24</sup> *Ibid.*, pp. 242, 255.

correspondientes programas individuales de acción afirmativa, mientras que las comunidades *jati* eran movilizadas como bloques de voto unitarios en las disputas parlamentarias<sup>25</sup>. Ambedkar, el primer líder nacional que consideró la destrucción del sistema de castas en su integridad como un objetivo político, dado que se oponía al avance de los más desheredados encerrados en el mismo, quedó atrapado en la contradicción existente entre el objetivo revolucionario de su propósito —«la aniquilación de las castas»— y el carácter liberal-pragmático de su política, lo cual le condujo, como le sucedió a Puhle, a confiar en la buena voluntad de los señores imperiales de la India<sup>26</sup>. Contra la apologética de los dirigentes del Partido del Congreso, Ambedkar condenó la jerarquía de castas en su integridad: «No puede existir un sistema más degradante: este sistema degrada, mutila, paraliza al pueblo». Sus escritos proporcionaron el análisis más severo de por qué la casta se ha demostrado tan difícil de superar en la India. En primer lugar, la consagración religiosa. «Los hindúes observan la casta no porque sean inhumanos o se hallen en el error, sino porque son profundamente religiosos», escribió Ambedkar. «Debemos destrozarnos, por consiguiente, la sacralidad y la divinidad con la que ha sido investida la casta. A fin de cuentas, debemos destrozarnos la autenticidad de los *shastras* y los *vedas*», los escritos sagrados hindúes, «no debemos únicamente descartar los *shastras*, debemos destrozarnos su autenticidad»<sup>27</sup>.

El segundo obstáculo, sostenía Ambedkar, era la composición brahmánica de la clase intelectual india —«la clase que puede aconsejar y dotar de dirección» a toda gran empresa nacional— y la reverencia en la que estos intelectuales son tenidos en consideración por el resto de hindúes, a quienes se enseña que únicamente los brahmanes pueden ser sus maestros. «Los brahmanes forman la vanguardia del movimiento por la reforma política y en algunos casos también por la reforma económica. Pero no los encontramos ni siquiera como compañeros de batalla en el ejército convocado para romper las barricadas de la casta». ¿Era razonable esperar que los brahmanes secularizados dirigieran el movimiento contra los brahmanes sacerdotales en pro del objetivo último de destrozarnos el poder y el prestigio de su casta, cuando ambos estaban

---

<sup>25</sup> *Ibid.*, pp. 263.

<sup>26</sup> En *Slavery*, cit., Puhle colocó sus esperanzas de abolición de las castas en los efectos modernizadores del Raj británico: «Felizmente, nuestros ilustrados gobernantes británicos no han reconocido estas medidas penales inhumanas, injustas y contrarias a la naturaleza y la razón de los legisladores brahmanes».

<sup>27</sup> B. R. Ambedkar, *Annihilation of Caste: The Annotated Critical Edition*, Londres y Nueva York, 2014, pp. 288-289.

inextricablemente unidos por relaciones de amistad y parentesco? La aniquilación de la casta en la India sería una «tarea colosal», concluía Ambedkar, «una tarea hercúlea»<sup>28</sup>.

Aunque Ambedkar ha sido canonizado como el «arquitecto de la Constitución india», albergaba pocas ilusiones sobre su redacción. Tres cuartas partes de sus artículos provenían de la *Government of India Act* de 1935 aprobada por el Parlamento de Westminster. La Asamblea Constituyente elegida indirectamente se hallaba abrumadoramente dominada por el Partido del Congreso, estando sus principales comités dirigidos por Nehru y su lugarteniente, Vallabhbhai Patel. La Constitución india legó un cáliz envenenado: el sistema electoral mayoritario estricto entronizó el predominio de un único partido, primero del Partido del Congreso y posteriormente del Partido Popular Indio (Bharatiya Janata Party, BJP); la perpetuación de los poderes de emergencia de la era colonial, transferidos al gobierno central; y el sistema de reserva, que concedía determinados privilegios a determinadas castas principalmente en los ámbitos laboral y educativo. Una reforma radical de la tierra unida a programas de educación y salud de alcance nacional habrían beneficiado a estratos mucho más amplios y contribuido a estabilizar al conjunto de la población como ciudadanos y ciudadanas de la nueva India. Por el contrario, un escuálido programa de acción afirmativa ha desencadenado interminables batallas en el seno de las castas sobre su extensión a otros grupos, fundamentalmente a los estratos *suhdras*, o las «otras castas atrasadas» [*other backward castes*], que en ocasiones se han topado con formas violentas de venganza por parte de los dos veces nacidos, esto es, de los miembros de las tres castas superiores<sup>29</sup>.

## I 2

Mientras los *dalits* estaban siendo configurados como activos electorales en manos del Partido del Congreso, en Estados Unidos los afroamericanos estaban votando con sus pies. La Gran Migración fue un vasto proceso de urbanización, que implicó que la mitad de la población negra estadounidense, aproximadamente seis millones de personas, abandonara el trabajo rural meridional y se encaminará hacia las ciudades situadas en el norte del país. La expansión económica registrada después de la Segunda Guerra Mundial fortaleció la posición negociadora

<sup>28</sup> *Ibid.*, pp. 292-293, 289-290.

<sup>29</sup> A. Telumbde, *Republic of Caste*, cit., pp. 46-90.

de la fuerza de trabajo negra. Una indignación y una confianza popular crecientes contribuyeron a que una nueva generación de líderes bautistas galvanizara el movimiento de los derechos civiles en los estados sureños. Durante el periodo de posguerra, el orden doméstico estadounidense fue objeto de una nueva severa atención, cuando Estados Unidos emergió como una de las superpotencias de la Guerra Fría y líder autodeclarado del mundo libre. La atención internacional suscitada por este hecho dio mucha visibilidad a las imágenes televisivas de la lucha por los derechos civiles, ahora apoyada por sectores importantes de la clase dominante, como atestiguaron sucesivas sentencias del Tribunal Supremo. Por el contrario, la carnicería perpetrada por Nehru en la represión del levantamiento de Telangana durante la década de 1940 no fue objeto de escrutinio; ni su encarcelamiento de comunistas constituyó impedimento alguno para ser festejado en las celebraciones del Movimiento de Países No Alineados como el más progresista e ilustrado de los demócratas.

Sin embargo, en algunos aspectos, la transformación del orden racial estadounidense que emergió de las grandes luchas protagonizadas por la población afroamericana durante las décadas de 1960 y 1970 siguió el modelo indio. El paradigma antidiscriminación de corte legalista incluido en las *Civil Rights Acts* de 1964 y 1965 –recibido por los levantamientos de los guetos, el nacimiento del Black Power y la revuelta popular contra la Guerra de Vietnam– fue rápidamente seguido por las medidas de acción afirmativa adoptadas por el gobierno de Nixon, que procedían en buena medida de acuerdo con las directrices imperiales británicas. Si bien la Casa Blanca evitó la opción de las cuotas, sí estipuló que las empresas debían comunicar sus objetivos y cronogramas de contratación de las minorías como condición para recibir fondos federales. Como en la India, la política de acción afirmativa para los pocos que la merecían procedió simultáneamente con la represión armada de todos aquellos que no superaban o no podían superar los criterios de elegibilidad; la integración de una clase media alta negra en periodo de expansión fue completada por la criminalización y el deterioro de las perspectivas de trabajo para los trabajadores y trabajadoras negros. Las «guerras» contra el crimen y las drogas lanzadas por Nixon institucionalizaron las redadas de perfil racial perfiladas y el incremento de las tasas de encarcelamiento de la población afroamericana. Al mismo tiempo, desde la década de 1980 y durante las de 1990 y 2000, el tejido social de la población negra experimentó tensiones diversas a lo largo y ancho



de la desigual geografía del capitalismo financiarizado estadounidense: incremento del precio de los activos en Harlem y Oakland, aumento de la deuda de los hogares, ciudades del interior abandonadas por el capital a medida que este huía al cinturón meridional o al exterior y dejadas a la suerte de los escasamente financiados departamentos de policía.

## 13

En la débilmente industrializada economía india, la Gran Migración de los *dalits* asumió una forma diferente: la continua circulación de lo que Jan Breman ha denominado el «trabajo desarraigado», que rotaba y rota entre las periferias urbanas y las zonas rurales regidas por las convenciones de casta en las que los pequeños propietarios o arrendatarios agrícolas estaban asumiendo la gestión de los terratenientes absentistas de casta alta ahora confortablemente instalados en las ciudades o en el extranjero<sup>30</sup>. La industrialización demostró ser tan permeable y hospitalaria a la reproducción de la casta como lo había sido el proceso electoral. Las fuerzas de trabajo presente en las fábricas, puertos, obras y fábricas de ladrillos, con frecuencia reclutada por los *jatis*, eran estriadas en función de las *varnas*, lo cual condenaba a los «intocables» a los empleos más desagradables y peor pagados, perpetuando así su estatus «atrasado».

Sin embargo, también aquí la neoliberalización ha tensado el tejido social de la casta de nuevas formas, ampliando la distancia existente entre, por un lado, las clases medias *dalit*, con frecuencia empleadas en el sector público, y la masa de trabajadores sin tierra, por otro. Las medidas de acción afirmativa han seguido la pauta de la creciente desigualdad económica. Las cuotas diseñadas para lograr el avance de las castas y tribus registradas (*Scheduled Castes* y *Scheduled Tribes*) –un puñado de puestos universitarios y de empleos en la función pública reservados en función de unos resultados de examen ligeramente menos exigentes– únicamente son alcanzables por un reducido porcentaje de *dalits* básicamente de procedencia urbana. Y aunque el empleo reservado

---

<sup>30</sup> En una serie de estudios, Breman, el etnógrafo más sobresaliente de los trabajadores sin tierra de Gujarat, ha documentado la situación de estos trabajadores que transitan entre los pueblos y los extrarradios de las ciudades con poca esperanza de ganar en ninguno de estos dos entornos más que la provisión de su propia subsistencia. Véase, por ejemplo, Jan Breman, *Footloose Labour*, Cambridge, 1996; *At Work in the Informal Economy of India*, Cambridge, 2013 y *Capitalism, Inequality and Labour in India*, Cambridge, 2019.

beneficia a un individuo, es otorgado en nombre de una determinada casta registrada; así, la totalidad de la comunidad, especialmente en las zonas rurales, se convierte en el objetivo de aquellos estratos fraccionalmente «superiores» que no cumplen los requisitos de su disfrute para obtener tal preferencia. La venganza de casta por razón de las cuotas es una de las causas de las atrocidades en serie cometidas contra los *dalits* durante la últimas décadas, que constituyen episodios de brutalidad colectiva comparables con las peores barbaridades perpetradas durante el sistema de Jim Crow; la determinación de las elites rurales de aplastar cualquier signo de resistencia de los trabajadores es otra de las causas<sup>31</sup>.

## I4

Otros dos factores han conformado la reproducción de la intocabilidad desde la década de 1990. En primer lugar, la representación política directa de la mano del ascenso de los partidos *dalit* de inspiración ambedkarita, que han erosionado poco a poco las bases del Partido del Congreso, inicialmente en las asambleas provinciales de Uttar Pradesh, Madhya Pradesh y Bihar, y luego en la política nacional. El Bahujan Samaj Party (Partido de la Sociedad Mayoritaria) fue fundado en 1984 bajo el liderazgo de Kanshi Ram, un científico empleado en el High Energy Materials Research Laboratory de Pune, originario de una familia *shik ramdasia* del Punjab. El BSP se constituyó a partir de las asociaciones existentes de las *Scheduled Castes*, *Scheduled Tribes* y *Other Backward Castes* y su base política se conforma en torno a los funcionarios de las pequeñas ciudades y los *dalits* en mejor posición económica beneficiados por la política de cuotas. La expansión de esta como clave de la justicia social –más y mejores empleos para los *dalits* y las castas atrasadas– constituía la principal propuesta del programa del BSP, además de los gestos habituales en pro del desarrollo rural. La sucesora de Ram, Mayawaty, hija de un funcionario *jatav* de una oficina postal de Nueva Delhi, llegó a ser primera ministra de Uttar Pradesh, mereciendo el calificativo de «la Obama de la India» por parte de *Newsweek* en 2009. En nombre de la justicia social ambedkarita, Mayawati llevó la lógica de la acción afirmativa al límite, amasando una enorme fortuna personal, erigiéndose estatuas doradas a ella misma y a su mentor, postulando a su hijo como su sucesor y atacando a sus críticos como contrarios a los *dalit*. Como señala Teltumbde, nada podría

---

<sup>31</sup> A. Teltumbde, *Republic of Caste*, cit., p. 25.

ser más antitético al poderoso grito de guerra de Ambedkar que la política de avance para «nuestro propio pueblo» de los neoambedkaritas y su emulación de la estratagema de la aritmética electoral en torno la casta efectuada por la clase dominante, dado que ello supone la aserción, no la aniquilación de la casta<sup>32</sup>.

El segundo factor de la reproducción de la intocabilidad desde la década de 1990 es la hinduización en clave nacionalista de la cultura política india, dirigida por el bloque RSS [Asociación Patriótica Nacional]-BJP y seguida a remolque por el Partido del Congreso, que explícitamente perfila a los musulmanes y no a los *dalits* como el grupo proscrito. Aunque el BJP fue inicialmente concebido como un proyecto de la casta alta, identificado con individuos como L. K. Advani, sus líderes le propinaron un calculado giro para propiciar el «avance» de sus propios cuadros procedentes de las *Other Backward Castes* durante la década de 1990, política que benefició al propio Modi en Gujarat. En la década de 2010, Modi se concentró exitosamente en las bases cada vez más descontentas de Mayawati, fortaleciendo su posición electoral, como había hecho Gandhi, conduciendo a *dalits* y *Other Backward Castes* al «redil hindú». La cobertura mediática de Modi lavando ostentosamente los pies de cinco trabajadores empleados en la limpieza de los sistemas de alcantarillado, presentada como «una expresión de sus valores», tuvo una amplia difusión, al tiempo que los locales del BJP se llenaban de imágenes de Ambedkar y otros históricos héroes *dalits*, mostrados como nobles víctimas que defendían la patria contra la invasión musulmana<sup>33</sup>. Los efectos han sido contradictorios. Por un lado, los matones de la RSS, respaldados por el Estado, han sembrado el terror en los intentos de organización política autónoma por parte de los *dalits*, especialmente los de carácter socialista; el ataque contra la reunión anual para conmemorar la batalla de Bhima Koraegon celebrada en Maharashtra en 2018 es uno entre muchos. Por otro, las iniciativas electorales de Modi han dado sus frutos. El BJP ganó el 24 por 100 del voto *dalit* en 2014, ascendiendo al 34 por 100 en 2019. En Uttar Pradesh, los votantes *dalit* no *jatav*, que habían votado por Mayawati y que ahora ya no estaban dispuestos a hacerlo, fueron cruciales para asegurar el triunfo como primer ministro del estado de Yogi Adityanath, un joven radical nacionalista hindú aliado del BJP, que frecuentemente ataca a Modi desde

---

<sup>32</sup> *Ibid.*, pp. 23-24.

<sup>33</sup> Avishek Jha, «BJP's 2019 Victory: How Caste-Based Politics Has Been Redefined and Reinvented», ISE Blog, 26 de junio de 2019; Sanjay Kumar, «Where Did the BJP Get Its Votes from in 2019?», *Mint*, 3 de junio de 2019.

la derecha. En algunos casos, los *dalits* supuestamente se han unido a la perpetración de atrocidades antimusulmanas<sup>34</sup>.

## 15

En Estados Unidos, también, la emergencia de una nueva clase política afroamericana de funcionarios electos, unida a una elite económica negra mas reducida, ha sido juzgada como una de las transformaciones más significativas de la vida afroamericana de los últimos cincuenta años<sup>35</sup>. En 1967, dos años después de la aprobación de la *Voting Rights Act*, Cleveland se convirtió en la primera ciudad que eligió un alcalde negro. En 1970, cuando se formó el grupo parlamentario negro del Congreso formado por trece representantes, había mil cuatrocientos cargos negros electos; diez años más tarde, el número ascendía a cinco mil. A mediados de la década de 1980, trece grandes ciudades tenían ayuntamientos gobernados por personas afroamericanas, contándose entre las mismas Chicago, Filadelfia, Los Ángeles, Nueva York, Atlanta y Detroit, mientras los afroamericanos presidían veintitantos comités en Capitol Hill<sup>36</sup>. Durante el mismo periodo, la escasa proporción de hogares negros cuyos ingresos superaban los 100.000 dólares comenzó a crecer, pasando del 1 al 9 por 100 entre 1970 y 2006, mientras que aquellos que ingresaban más de 75.000 dólares subieron del 3 al 16 por 100. Además del creciente número de empleados públicos negros graduados, el pequeño número de quienes trabajaban en el sector bancario, la profesión legal, los servicios médicos y la educación superior disfrutaba de paridad salarial respecto de sus colegas blancos. Como ha señalado Keeanga-Yamahtta Taylor acertada y perspicazmente, la existencia de esta elite económica negra, por reducida que sea, ha servido para dotar a la clase política negra de una determinada orientación: valores, objetivos y modelos de roles compartidos, además de un sentido de realización personal como sustituto del avance de la comunidad, que ha reemplazado las nociones de responsabilidad inspiradas

---

<sup>34</sup> No ha habido una tendencia chovinista semejante entre los afroamericanos a pesar de ligeras indicaciones de ello tras los atentados del 11S, cuando el apoyo negro al perfilado racial de los árabes fue significativamente más elevado que la media nacional: 60 por 100 comparado con el 40 por 100 para la población en general. Citado en Keeanga-Yamahtta Taylor, *From #BlackLivesMatter to Black Liberation*, Chicago, 2016, p. 188; ed. cast.: *Un destello de libertad: De #blacklivesmatter a la liberación negra*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 15.

<sup>36</sup> *Ibid.*, pp. 96-98, 94, 100.

por el Black Power<sup>37</sup>. Ese planteamiento fue estimulado por las campañas legales, las medidas de acción afirmativa y el creciente universo de la diversidad y la inclusión empresarial y educativa alentadas por la Equal Employment Opportunity Commission.

¿Cuáles han sido los resultados de este medio siglo de avance electoral? En su exhaustivo balance de situación, el juicio de Taylor es cristalino. Las personas negras entraron en el Partido Demócrata creyendo que era la ruta más eficaz para avanzar una vez que la represión estatal y la desintegración interna hubieran aplastado el movimiento del Black Power. Pero aunque el grupo parlamentario negro del Congreso ha organizado innumerables audiencias sobre los problemas a los que se enfrenta la población negra, sus esfuerzos han tenido un impacto inapreciable sobre la pobreza, el desempleo, la vivienda o la inseguridad alimentaria. Los acaldes negros se hicieron cargo de ciudades a punto de entrar en un largo periodo de declive al hilo de sucesivas recesiones de las cuales los afroamericanos, de acuerdo con el principio sindical del «último contratado, primero despedido», se llevaron la peor parte<sup>38</sup>. Cuando la crisis se intensificó, Carter se negó a introducir nuevos programas sociales, optando por el contrario por gastar en políticas de rearme. Reagan posteriormente remató las políticas de apoyo restantes con sádica severidad, mientras el desempleo subía al 21 por 100 y se intensificaban las «guerras» nixonianas contra el crimen y las drogas. Por entonces el grupo parlamentario negro del Congreso se estaba desplazando hacia la derecha. Diecisiete de sus veintiún miembros respaldaron la notoriamente dura *Anti-Drug Abuse Act* aprobada por Reagan en 1986 y la mayoría apoyó la *Violent Crime Control Act* aprobada por Clinton en 1994, que incluía la cláusula de las «tres faltas» y 10 millardos de dólares destinados a la construcción de nuevas prisiones, piedra sillar en el camino hacia el encarcelamiento negro masivo detallado en el libro de Michelle Alexander *The New Jim Crow*<sup>39</sup>.

Como escribe Taylor, para ese momento el grupo parlamentario negro del Congreso había sido absorbido por las prácticas más corruptas de la cultura política estadounidense, «habiéndose incorporado

---

<sup>37</sup> *Ibid.*, pp. 80-82.

<sup>38</sup> Durante la profunda recesión de 1973-1974, el 60-70 por 100 de los trabajadores despedidos fueron negros, aunque únicamente representaban el 10-12 por 100 de la fuerza de trabajo, «el *déjà vu* de la pérdida de empleo negro» en palabras de Betsy Leonard-Wright, citada en *ibid.*, p. 93.

<sup>39</sup> *Ibid.*, pp. 100-101.

al abrevadero de las donaciones empresariales», con Walmart y McDonalds a la cabeza de la lista de donantes, seguidas por las grandes corporaciones petrolíferas y tabaqueras, General Motors, Ford, Heineken y Coca-Cola. Incluso *The New York Times* se declaró desolado, que el grupo parlamentario negro del Congreso «sobresalía» por su habilidad para recaudar fondos<sup>40</sup>. De este contexto, sostiene Taylor, emergió el fenómeno del político de color «posnegro», equipado con «redes de financiación multirraciales». La presidencia de Obama constituyó tanto la culminación de este proyecto como el test de su fracaso —«el fin de una ilusión»—, dado que los negros que se encontraban en mala situación vieron como esta empeoraba sensiblemente durante su mandato. Durante la Gran Recesión, el ingreso negro mediano cayó casi el 11 por 100 hasta los 33.500 dólares anuales, mientras que el percibido por los blancos lo hizo el 3,6 por 100 hasta los 58.000 dólares. Al limitar su atención a Wall Street, Obama rechazó la posibilidad de organizar el rescate de las familias hipotecadas, lo cual supuso que doscientos cincuenta mil afroamericanos perdieran sus hogares. Las tasas de pobreza de la población negra se incrementaron el 27 por 100, conociendo picos más elevados en el Upper Midwest, que registró máximos del 34 por 100 en Michigan y del 46 por 100 en Minnesota<sup>41</sup>. Obama no logró siquiera dotar de un liderazgo nacional a la problemática bien conocida de los asesinatos perpetrados por la policía contra las personas afroamericanas, que galvanizaron los levantamientos del #Black Lives Matter acaecidos desde el otoño de 2014.

## 16

Taylor no utiliza la noción de casta sino la de racismo estructural o institucional, acuñada por Stokely Carmichael y Charles Hamilton en *Black Power* (1967). Ella define el racismo estructural en términos consecencialistas: los procesos públicos o privados, estatales o económicos, que resultan en «mayores tasas de pobreza, desposesión, criminalización y mortalidad» para la población afroamericana. El problema se sitúa, por lo tanto, no en el ámbito de las intenciones, sino en el de los resultados de los procesos económicos y sociales integralmente considerados; Taylor cita a Martin Luther King en su época final: «el sistema económico, la

<sup>40</sup> Eric Lipton y Eric Lichtblau, «In Black Caucus, a Fundraising Powerhouse», *The New York Times*, 14 de febrero de 2010, citado en *ibid.*, p. 102.

<sup>41</sup> *Ibid.*, pp. 219, 10-12.

economía capitalista, el conjunto de la sociedad»<sup>42</sup>. Si bien esto presenta un alto grado de generalidad, contiene no obstante una verdad ocultada por la ideología «posracial», que constituye uno de los principales objetivos de Taylor, la cual sostiene que «el maltrato en virtud de la raza» es una cuestión de actitudes individuales o de una incorrección del comportamiento personal, que debe ser abordado, como indica Angela Davis, mediante mayores dosis de diversidad e inclusión. Taylor escribe: «La opresión de los trabajadores y trabajadoras negros expone la mentira fundacional de Estados Unidos como una sociedad libre y democrática y su rebelión evidencia esa mentira y la pone a la vista de todos, planteando la cuestión de la naturaleza real de la sociedad estadounidense»<sup>43</sup>.

La noción de racismo estructural, aun siendo poderosa, deja sin contestar no obstante la cuestión de cómo la población afroamericana y otros grupos oprimidos podrían definirse unos respecto a los otros o respecto a la sociedad estadounidense en general. En este contexto, muchos autores han optado históricamente por la idea de «pueblo» oprimido o, como hicieron Carmichael y Hamilton, por el concepto de colonia interna, o también, en el caso de Wacquant, Alexander y, en un sentido más restringido, de Gidla y Horn, por el de casta. Sin embargo, como sostenía Cox, la utilización de «casta» o de «casta racializada» como tipo ideal de la situación de los afroamericanos todavía debería indicar cómo tal jerarquía se articula con el sistema social estadounidense considerado en su conjunto.

## 17

Aquí puede merecer la pena explorar tentativamente el potencial del término construido por Abnan Leon, la noción de una «clase-pueblo histórica», que Gidla y Horn rescatan del olvido de la caja de herramientas conceptual del pensador radical, pero que rechazan aduciendo que los afroamericanos no constituyen una nación: «No tienen un territorio ni una vida económica propia; la cultura negra es arquetípicamente estadounidense»<sup>44</sup>. Sin embargo, esto supone optar por una concepción en

---

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 198. King podría haber añadido «el conjunto de la sociedad y de su cultura»; esto es, la esfera de los significados sociales, porque si estos fueron cruciales para la construcción de las ideologías racistas modernas, ellos no serán menos importantes para su desmantelamiento.

<sup>43</sup> Respectivamente, Angela Davis, «Prefacio» a la edición ampliada de K. Taylor, *From #BlackLivesMatter to Black Liberation*, Chicago, 2021, p. xiii e *ibid.*, p. 205.

<sup>44</sup> S. Gidla y A. Horn, «Casta, raza y clase», cit. pp. 20-21.

cierto sentido estática de la nación, por no hablar del pueblo. En manos de Leon, los dos términos incluidos en la fórmula «clase-pueblo» eran dinámicos, relacionales e históricos. Sugería un grupo social o comunidad étnica, cuyos vínculos culturales se hallaban fortalecidos mediante una función económica compartida definida por su posición en el seno de un orden social considerado en cuanto conjunto. Contra la concepción predominante de que la resistencia a la asimilación de los judíos de Europa oriental podía explicarse a partir de fundamentos idealistas –su devoción a su religión–, Leon sostenía, como Gidla y Horn explican, que aquella había sido posible porque los judíos europeo-orientales habían mantenido su función como una clase social intermediaria entre la nobleza terrateniente absentista y el campesinado cristiano atrapado por la renta, asumiendo las funciones de administradores, comerciantes, taberneros, etcétera, lo cual les había permitido mantener su rasgos religiosos y étnicos. En Europa occidental, esta posición se había erosionado desde el siglo XII por mor del surgimiento de una clase mercantil nativa al hilo del «capitalismo medieval», lo cual sirvió tanto para excluir a los mercaderes judíos, como para asimilarlos allí donde habían permanecido integrados. Pero el advenimiento del capitalismo industrial en Europa oriental había trastocado estas funciones económicas y la clase-pueblo intermediaria judía experimentó un proceso de diferenciación conducente a la formación de un estrato profesional y de un proletariado, que el capitalismo de entreguerras, golpeado por la crisis, fue incapaz de absorber<sup>45</sup>.

Desde esta perspectiva, un pueblo puede ser asimilado, como lo fueron muchos de los judíos europeo-occidentales; absorbido, como los inmigrantes alemanes o italianos llegados a Estados Unidos; dividido, habitualmente por la religión, como los irlandeses; entremezclado, como los brasileños; semiforzado a partir de naciones subordinadas, como los españoles o los británicos; o recientemente acuñado, como los australianos y los israelíes. Las «clases», que implican una división del trabajo y de la propiedad, son conformadas por el desarrollo de ambas divisiones. Estas clases pueden mutar, como la burguesía terrateniente británica; ser expropiadas, como los *junkers* prusianos; convertidas en redundantes, como el proletariado de los estados desindustrializados del nordeste de Estados Unidos; o generadas, como la clase obrera del nuevo sector privado chino. Una gran ventaja del concepto «clase-pueblo» sobre el

---

<sup>45</sup> *Ibid.*, pp. 32-35, refiriéndose a Abram Leon, *The Jewish Question: A Marxist Interpretation* [1950], Nueva York, 2020, pp. 57-58, 68-71.



de casta radica, por consiguiente, en que su doble lente puede capturar una realidad social históricamente en desarrollo, que es tanto dinámica como desigual, en la que la formación y la destrucción de identidades sociales y funciones económicas procede a diferentes velocidades en función de la turbulenta y rápidamente cambiante economía política de Estados Unidos considerado en su conjunto.

La función económica de los afroamericanos como una clase de esclavos agrícolas precede a su autoformación como comunidad, a su forja de vínculos culturales que les permitieron sobrevivir tanto a la esclavitud como al sistema de Jim Crow y crear la idea de sí mismos como pueblo, lo cual jugó un papel realmente poderoso durante el movimiento por los derechos civiles. Aunque la fórmula «clase-pueblo» puede ser aplicable quizá durante un cierto periodo histórico –digamos desde la década de 1820 a las de 1940 o 1950–, ambos términos han sido sometidos a su destrucción desde entonces, si bien a diferentes velocidades. La Gran Migración, junto con la mecanización de las tareas agrícolas y la depresión, sirvieron para dismantelar la «clase» de la fuerza de trabajo agrícola negra. Desde el momento en que la economía estadounidense inició su larga fase de declive a partir de las décadas de 1960 y 1970, los afroamericanos se encontraron en una situación similar a la que Leon había descrito para los judíos europeo-orientales durante el periodo de entre-guerras, esto es, intentando encontrar un punto de apoyo, bien como trabajadores industriales, bien como empleados públicos, en sectores que estaban entrando en crisis. Latinos y filipinos, quizá clases-pueblos nacientes al igual que los mejicanos-estadounidenses localizados en las zonas rurales del sudoeste del país, estaban colmando también la función económica del trabajo manual informal. Pero la disolución de la «clase» negra también puede tener un efecto corrosivo sobre su término asociado, el «pueblo». Es posible sostener que la identidad cultural de los afroamericanos se fortaleció durante las décadas de 1940, 1950 y 1960, años en los que comenzó a mejorar la posición de la mayoría, si bien la identidad de «clase» se debilitó. Pero la integración de las personas negras adscritas a la clase profesional gracias a la acción afirmativa y las políticas de «diversidad e inclusión» promovidas por la Equal Employment Opportunity Commission, por muy bienvenida que fuera en sí misma, no ha hecho nada para resolver la crisis económica a la que se enfrenta la mayoría. En el punto álgido de la burbuja financiera, casi dos tercios la población afroamericana pensaba que la «clase media» y la población negra «pobre» tenían valores divergentes. Aproximadamente

el 40 por 100 pensaba que debido a la diversidad existente en la comunidad, los negros «ya no podían considerarse como una única raza». Contra esta opinión, la lógica política del Movement for Black Lives apuntaba a forjar de nuevo los vínculos existentes entre los trabajadores y trabajadoras negros y la clase media profesional semiprecaria: Eric Garner era un antiguo jardinero; Freddie Gray, un desempleado de 25 años; George Floyd, camionero y guarda de seguridad<sup>46</sup>.

## 18

Si la casta o la intocabilidad no son términos apropiados para describir la posición histórica de los afroamericanos en la sociedad estadounidense, ello no supone negar los muchos paralelismos existentes entre ambas situaciones. En ambos países, las limitaciones de la estrategia de «avance» individual, evangélico o gandhiano, se han demostrado dolorosamente evidentes. La evaluación de las reformas de la era de los derechos civiles ha sido una tarea esencial para la nueva generación de intelectuales afroamericanos y afroamericanas, la cual ha procedido en tándem con la crítica efectuada por los pensadores *dalits* de la política de cuotas implementada en la India, donde Teltumbde ha argumentado que las cuestiones relativas a la rendición democrática de cuentas podrían resolverse mejor mediante un sistema de representación proporcional que mediante el criterio de las cuotas. La evidencia demuestra, escribe, que las cuotas y «toda la turbulencia de casta centrífuga que han creado» no han beneficiado tanto a los *dalits* como a las clases dominantes: «No puede existir una solución al problema de la desigualdad basado en la casta. Si deseamos encontrar una solución factible, tendrá que carecer de relación alguna con esta». Cuando Teltumbde escribe sobre los representantes políticos *dalit* puramente formales que operan como hombres de confianza de las grandes empresas locales, es difícil no oír a Adolph Reed hablando de determinados alcaldes negros que convierten los gobiernos locales en servidores de los intereses del sector privado<sup>47</sup>. A través del océano, cruzando montañas, Anand Teltumbde puede oír resonar en las paredes de su celda las palabras de Keeanga-Yamahtta Taylor, mientras su trabajo puede tener algo que decir a la

<sup>46</sup> K. Taylor, *From #BlackLivesMatter to Black Liberation*, cit., p. 7.

<sup>47</sup> A. Teltumbde, *Republic of Caste*, cit., pp. 89-90; Adolph Reed, *Stirrings in the Jug: Black Politics in the Post-Segregationist Era*, Mineápolis (MN), 1999, p. 106, citado en K. Taylor, *From #BlackLivesMatter to Black Liberation*, cit., p. 97.

gente de New Jersey o Chicago. En la medida en que las analogías de la racialización y la casta han funcionado durante mucho tiempo como expresiones de solidaridad internacional, ellas son más bienvenidas y más necesarias que nunca.